

[18]

Tenemos que frenar el tiempo

Me llamo Marcelino Hudgson y soy sacerdote. Naci en una familia nativa raizal de San Andrés. Mis padres eran ambos de religión bautista y yo me crié en esa religión. Estudié en el colegio Antonia Santos, de San Luis, y de ahí pasé al Bolivariano. En el colegio me impactó la vida de un sacerdote católico, el padre José Archbold. Por eso, a los 14 años tomé la opción de bautizarme. Pero el problema vino cuando me gradué, a los 16 años, y le dije al padre José: yo quiero ir al seminario. Mis padres me retiraron el apoyo. Me fui al seminario, en Bogotá. Sin embargo, en tercero de filosofía hicimos una huelga y los padres echaron a 18. Regresé a San Andrés y me presenté a monseñor. Más tarde, el me consiguió cupo en el seminario para vocaciones tardías, en La Ceja (Antioquia). Me ordené como sacerdote el 13 de febrero de 1993. Ya llevo ocho años en esta comunidad, con mucha satisfacción. En el movimiento raizal participé desde sus comienzos. Con algunos pastores nos decíamos: empézcemos a movilizar a la población para que nuestras prédicas interpelen la gente, la isla, la situación. Así, comenzamos a tocar el campo de la situación política y social de la isla. Entonces nos apoyamos en personas que tenían experiencia en problemas sociales. Entramos en esa corriente y comenzamos a creer que todos los problemas eran sociales. Y el movimiento perdió su faro, su luz. Si el movimiento todavía está por ahí, no es el que se concibió al principio. Ya nos desintegramos.

De hijo bautista a seminarista católico

Mis padres eran ambos de religión bautista y yo me crié en esa religión. Estudié en el colegio Antonia Santos, de San Luis, conocido como "El Rancho", y de ahí pasé al Bolivariano. Fue un

cambio duro porque en Sound Bay todos éramos raizales y nos conocíamos; en el Bolivariano, en cambio, había gente de otros lados y continentales. Pero nos entendímos bien. Los profesores nos permitían hablar en inglés en el recreo y pedir aclaraciones, pero nos obligaban a aprender español. El dictado era en español.

En el colegio me impactó la vida de un sacerdote católico, el padre José Archbold. Encontré en él un tipo de servicio religioso distinto. Yo veía al pastor encorbatado, distante, y en el padre veía al amigo. Pateaba el balón, compartía con nosotros. Era otro estilo. Además, era mi profesor y fui haciendo empatía con él mientras seguía acudiendo al culto bautista. Por eso, a los 14 años tomé la opción de bautizarme. Mis padres no estuvieron de acuerdo pero no le dieron mucha trascendencia. El hecho sólo generó un pequeño revuelo familiar. El problema vino cuando me gradué, a los 16 años, y le dije al padre José: "yo quiero ir al seminario". Mis padres me retiraron el apoyo porque les parecía que era un traidor a la causa bautista.

Yo quería ser misionero y por eso me fui al seminario San Luis Beltrán, en Bogotá. Pero en el primer año fui madurando la idea de ser más bien sacerdote diocesano, no misionero, porque pensaba que San Andrés necesitaba sacerdotes nativos. En ese tiempo sólo estaba el padre José y otros cuatro sacerdotes, todos de Providencia. No había ninguno de San Andrés. Sin embargo, en tercero de filosofía me echaron del seminario.

La razón de mi expulsión fue muy sencilla. En 1988 se hizo un cambio de formadores que llevó el cambio en la estructura del seminario. Los anteriores permitían que los seminaristas saliéramos a parroquias el fin de semana y regresáramos el domingo. Yo iba a San Pascual Bailón y allí trabajaba en pastoral juvenil en un colegio. Pero los que llegaron dijeron: ¡seminarista en la calle el sábado, imposible! Prohibidas las salidas. Nosotros habíamos organizado una salida y los padres negaron el permiso. Pero esperamos a que se durmieran y cinco muchachos, estudiantes de filosofía, salieron. Yo no fui. Los formadores se dieron cuenta cuando regresaron los cinco compañeros y por ese hecho decidieron echarlos. Entonces protestamos y organizamos a la clase, e influenciamos a los de primero y segundo de filosofía para que no fueran a estudiar. El primer día nadie fue y el segundo siguió paralizado el seminario. Entonces los padres preguntaron quiénes eran los cabecillas y nos echaron a 18. Yo salí resentido. Volví a la isla casi dándole la razón a mi papá, que me decía: "Un negro nunca ha llegado a ser sacerdote; la iglesia católica es para blancos". Sigo considerando que la expulsión fue una injusticia.

Críticas a la incomprendión

A mí me fue bien en el seminario. Yo tuve una ventaja cuando llegué a Bogotá. Al sanandresano lo admiraban en el continente, tal vez porque la gente de otros territorios llamados misionales tiene otro temperamento, es como más beligerante, más resentido, viene con la idea de que el blanco lo ha discriminado. A mí me consintieron todo el tiempo. Me permitían dictar clases de inglés a formadores. Tuve muchos privilegios. Pero pude detectar que a nivel del grupo se daba discriminación en el sentido que nos comprendían bajo el mismo esquema mental de los formadores. Yo criticaba positivamente algunas cosas que veía porque nos trasplantaban a la capital, a un seminario misionero, a los que pertenecíamos a los llamados territorios de misión. En medio de la tecnología y el frío nos encontramos chocoanos, casanerenses, sanandresanos, en un seminario que tiene una estructura propia para un muchacho de Bogotá, y cuyos formadores están educados en las ciudades centrales. Ellos eran los encargados de dar orientación misionera y nosotros

debíamos trasladar su mentalidad del sacerdocio de la ciudad a una isla, un territorio muy distinto. Yo cuestionaba cosas concretas que sucedían, por ejemplo, en una cancha de fútbol. Allí no se tenía en cuenta que somos negros eufóricos. Cuando nos calentamos la sangre se nos enerva. Por eso se daban peleas y aunque nos reconciliábamos enseguida, los padres decían: "¿Cómo van a pelear entre seminaristas? ¿Cómo puede un seminarista gritar vulgaridades? Eso conlleva un punto negativo para usted porque perdió el control". Por eso echaron a un chocoano, un pelado de 17 años. O se quejaban de que tuviéramos amistades en la parroquia y en los colegios, de que lleváramos las chinas al seminario.

Era aterrador ver que la mayoría de los chocoanos salían del seminario. Mandaban veinte y en tres años quedaban cinco. Para un muchacho chocoano bañarse en agua fría a las cinco de la mañana era terrible. Los que se bañaban tiraban todo el tiempo y no atendían la clase por el frío. Otros preferían no levantarse o no bañarse. Yo vengo de una cultura puritana en la que la limpieza es esencial y, por eso, ¡me bañaba porque me bañaba! Son prejuicios mentales que impiden manejar de manera diferente a la gente de culturas distintas.

Regreso al redil

Después de que me echaron regresé a San Andrés y me presenté a monseñor. El me dijo: "si quieras continuar, espera hasta que llegue el informe y veremos a ver si hay otro seminario". Desde mayo cuando me echaron hasta diciembre cuando llegó el informe, volví a la vida normal, me ennové y estuve ocho meses tranquilo. Yo me decía: no se qué clase de informe quiero, tal vez uno que diga que no soy idóneo. Pero al mismo tiempo decía: tengo el reto de mostrarle a esos curas que si puedo llegar. Cuando llegó el informe monseñor me dijo: "pase por mi despacho para que lo leamos juntos". Le dije: "ílámelo por teléfono, por favor". Pero él insistió en que pasara. En mi corazón yo esperaba que dijera: no es idóneo, y así hubiera quedado tranquilo con mi conciencia, aunque en el fondo estaba también el deseo. Fui y monseñor me leyó el informe: primero y segundo de filosofía bueno; lo que sucedió después lo ponía como un acto de rebeldía

contra la iglesia y añadía un paréntesis en que decía: nosotros consideramos prudente sacarlo del seminario, monseñor, pero queda en sus manos decidir qué se hace. El me consiguió cupo en La Ceja, en el seminario para vocaciones tardías de Monseñor Uribe Jaramillo. Entonces dejé mi novia y decepcioné otra vez a mi papá y a la familia, pues me había reconciliado con ellos y había vuelto a ganar su afecto. Al año supe que solo a dos nos habían dado la posibilidad de continuar.

Ya más maduro terminé tercero de filosofía, hice teología, y mis padres fueron cediendo. Fue muy bello cuando me ordené diácono. Monseñor, que en paz descansó, les llevó tiquetes a mis padres y les explicó que debían acompañarme porque eso significaba que yo pertenecía a la jerarquía de la iglesia. Yo no sabía, y cuando llegó la fecha y vi que todas las familias llegaban (porque hay una parte de la ceremonia en que los padres llevan al altar al hijo), yo practiqué con un sacerdote. Cuando empezaron a entrar los compañeros y me tocó mi turno yo llamé al padre que había practicado conmigo y él no se movía. Yo me inquieté y él me señaló hacia atrás. Miré y allí estaban mis padres. Mi diaconado fue entonces con lágrimas. Luego, compartí con mis padres una semana en Medellín.

Soy inmensamente feliz en mi sacerdocio

Me ordené como sacerdote el 13 de febrero de 1993. Tuve que atrasar la ordenación un año porque se exigía tener 25 años y yo tenía 24. Eluncio Paulo Romero me ordenó en la iglesia Estrella del Mar. Fue todo un acontecimiento en la isla porque no sucedía hacia 35 años y yo era el primer sacerdote propiamente de San Andrés. Actualmente, los otros tres sacerdotes católicos nativos son de Providencia.

En medio de la solemnidad de la cena de ordenación, mi mamá me dijo: "quiero pasarme a la iglesia Católica". Yo pensé que era la euforia del momento. La gente le daba regalos a ella, y yo solo le dije: "bueno, mami". Pasaron tres años, cuando un día estaba en mi casa almorcando y me dijo: "¿no te acuerdas que te dije que quería pasarme a la iglesia católica?" Entonces la preparé, le di las charlas y la catequesis de los Católicos.

A mí me parecía increíble que estuviera bautizando a una señora de 65 años, engendrada en la iglesia bautista y que, además, era mi madre. Eso fue hace cuatro años y en la predicación le dije: "tu me engendraste en la carne pero yo te engendré en el espíritu y ahora tu tienes que decirme padre". Mi papá a veces la acompaña a la iglesia pero él siguió siendo bautista.

Soy inmensamente feliz en mi sacerdocio diocesano. Ya llevo ocho años en esta comunidad, con mucha satisfacción. Todas estas parroquias fueron fundadas por los padres capuchinos, y les dieron sus nombres. Por eso en la que estoy se llama San Francisco de Asís. Los cuatro sacerdotes isleños surgimos, sin embargo, de otras iglesias.

Un nuevo estilo pastoral

Mi estilo es el de un joven que nació en una cultura, en una religión y que vivió el culto bautista. Por eso dicen que predico como un pastor. Reconozco mi ascendencia bautista, tengo claro ese sinccretismo, que para mí es una gran riqueza. No es sorprendente encontrar en mi iglesia a cualquier pastor bautista, y yo he predicado en la Primera Iglesia Bautista. Alguien me dice: "se murió mi hermano y quiero que predique en el entierro, pero en la Primera Iglesia Bautista", entonces voy y celebro el entierro allá. Me revisto como sacerdote y predico en distintas iglesias en las que me invitan. En la novena fui predicador oficial en el Barrack rompiendo todas las estructuras. Tengo un programa radial y otro televisivo. La audiencia es 50% de católicos y 50% de protestantes.

Al comienzo de mi trabajo, hacer procesión o rezarle a la Virgen no era bien visto en la Loma. La gente me decía: "no, padre, a mí me da pena, ¿qué dirá la gente?". Pero yo, que había estudiado mariología, me propuse introducir su conocimiento. Fui hablando de María y mandé a hacer en Bogotá una imagen, pero una imagen distinta. Mandé unas fotos de muchas isleñas para que se pareciera a ellas, y de niños para que los angelitos que la acompañan fueran negros. Pedí que tuviera el mar azul detrás. Y cuando me mandaban fotos de cómo iba, yo las corregía: que aumente los labios, que mejore los ángeles, hasta que ¡estuvo! Llegó y la llamé la Reina de las Olas, y la gente empezó a quererla.

Yo procuro atraer a los jóvenes a mi iglesia porque tengo una aguda preocupación por su situación en la isla. Debían ser la esperanza de la comunidad pero son también la población más vulnerable a todo lo que está aconteciendo en el mundo. Yo tengo esa preocupación en mi corazón, y al mismo tiempo ellos tienen interés hacia lo mío. Les gusta esa creatividad, ese gozo que hay en esta iglesia. Y trato de ser lo más atractivo para los jóvenes con el deseo de ganarlos para una alta moralidad, de proyectarlos mejor.

Las relaciones con el obispo

Con el nuevo obispo nos va muy bien. Monseñor Eulises González es una maravilla de gente, es humilde, comprensivo, se acopló a la isla muy rápidamente, se hizo sanandresano. Teníamos muchos temores porque sabemos que la iglesia católica en San Andrés tiene particularidades que la hacen diferente de la del continente, y el tiene la autoridad para enrutar la iglesia. Los temores se acrecentaron cuando nos dijeron que era un boyacense. Tal vez por prejuicios con respecto a las personas de ese departamento, pensábamos que era tradicionalista, cerrado. El, a su llegada, preguntó por mí. Yo tenía temor por mi participación en el movimiento raizal. Pero le expliqué cómo había sido eso y le hablé claramente de los errores que habíamos cometido. El consintió muchas cosas. Me ha dicho que ésta es de las iglesias que más le ha impactado por la alabanza, el jolgorio, la alegría, la vida que se respira aquí; que aquí detectó lo que puede ser el catolicismo en San Andrés, los católicos negros raizales; que aquí encontró música, elegancia, alta moralidad, gozo; que en otras iglesias encuentra lo mismo que en el interior, y que, en cambio, aquí debe preguntar qué sigue, qué debo hacer, hasta dónde van a cantar, porque aquí cualquier cosa puede de suceder.

El movimiento raizal

Yo participé muy activamente en el movimiento raizal a partir de sus comienzos. Desde 1999 nos veníamos reuniendo con los pastores Hermann McNish y Alberto Gordon, preocupados por la falta de incidencia de las iglesias en la vida de los feligreses y con la idea de influir en las parroquias. Nos preguntábamos

en qué consiste nuestro pastoreo si todo se está deteriorando. Lo que más nos impactaba era que ni siquiera moralmente las cosas funcionaban. La corrupción, el robo del dinero público, como actos inmorales que son, violan principios cristianos en los que nuestros líderes nativos están fallando. A partir de esos cuestionamientos empezamos a replantear lo que estábamos haciendo.

Después empezamos a tocar a la puerta de los otros pastores para manifestarles nuestra preocupación, y comenzaron a surgir ideas: salir del entorno de nuestros feligreses, tratar de impactar y alcanzar la isla. Nos decíamos: "tienes tu iglesia llena, empécamos a movilizar a la gente para que encarne el evangelio, que nuestras prédicas interpelen la gente, la isla, la situación".

Así, empezamos a tocar el campo de la situación política y social de la isla. Pronto nos dimos cuenta de que éramos novatos en ese terreno. Aunque estamos en el púlpito, no conocíamos a profundidad los problemas sociales. Entonces fuimos apoyándonos en personas que tenían experiencia en problemas sociales, y ellos empezaron a entrar al movimiento. Nosotros entramos en esa corriente y comenzamos a creer que todos los problemas eran sociales.

Poco a poco, más que confiar en Dios, se fueron dando otros intereses, salieron otras personas y se perdió el norte raizal en su primera concepción. Antes, nuestras reuniones estaban antecedidas de oraciones y alabanzas. Creíamos que si llevamos la gente a Dios se podían resolver los problemas. Pensábamos, por ejemplo, que si queríamos los puestos que estaban ocupados por gente del interior –por decir algo, la dirección del Bienestar Familiar – reclamando en oración se podía conseguir ese lugar. Podíamos pedir a nuestro Dios, que todo lo puede, que removiera a tal persona, que cambiara tales situaciones.

Pero cuando llegaron los asesores comenzaron a hacernos cuestionamientos porque, según ellos, "se ha orado toda la vida y nada se ha resuelto". Y decían: "A Dios rogando y con el mazo dando". Hablaban de cosas que no son de nuestro campo. Además, nos empezaron a mostrar los problemas y las soluciones en magnitudes mayores: superpoblación, ambiente, reubicación, independencia. En

nuestras reuniones salían términos como ONU, artículo, estatuto, que siempre nos llevaban a buscar a los que sabían de eso. Nosotros nos dejamos llevar y permitimos que los que sabían de eso propusieran las soluciones y comenzaran a llevar la batuta del movimiento. Y el movimiento perdió su faro, su luz.

No se si sea imposible levantar un movimiento con la fuerza espiritual, no se si sea una ingenuidad pensar que, a punta de oraciones, congregaciones, evangelio, caminatas religiosas, podemos impactar lo social, lo moral. Yo siempre lo he creído posible con el lema de: "si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros?". Todavía creo firmemente que la fe mueve montañas. Dios hace el 80% y uno hace el 20% con una carta, una marcha, y con la certeza que tiene que resultar.

Cuando salimos a la primera marcha de protesta nuestra preocupación seguía siendo moral. No habíamos pretendido nada más a partir de esos intercambios entre pastores. La marcha fue todavía bastante religiosa. Se leían frases bíblicas, íbamos cantando, se pudo manejar esa masa inmensa de gente y lo que la motivaba eran las alabanzas que conocían en su iglesia. En esta computadora que tengo acá sacábamos los comunicados que parecían sermones, hacíamos cartas pastorales por la radio. Después de la primera marcha de protesta la gente creyó que el movimiento caía del cielo. Pero no, ¡cuántas reuniones no se habían hecho antes!

Sin embargo, cuando se propuso la realización de la tercera marcha como se dio mayoría, por iniciativa de algunos dijimos: no podemos defraudar a la gente, ¡apoyemos! Yo dije: listo, yo apoyo desde atrás, pero no marcho adelante. Esa gente tomaba la causa de la comunidad raizal marginada y atropellada, una causa noble, y decían: tenemos que luchar por ello. Pero la orientaban por otro lado. Nosotros fuimos detrás. El lenguaje de orar, ayunar, leer la Biblia pasó a un segundo plano.

Sin embargo, lo que al comienzo había sido un movimiento de los pastores se fue cambiando, y llegamos hasta el momento en que ya no nos sentíamos protagonistas. Eramos las fachadas, a pesar de que en el corazón del movimiento sabíamos que

el impulso venía de atrás. Varias veces quisimos recuperar el movimiento para meterlo dentro del contorno de Dios, de la iglesia, pero nunca lo pudimos hacer. Yo les decía a los pastores: "si somos los que presidimos el movimiento ¿por qué cuando decimos: no vamos a marchar, los que vienen atrás hacen otra cosa? ¡O somos la cabeza o no lo somos!". Y fuimos alejándonos. Cuando los asesores vieron esa actitud, dijeron: "los pastores abandonaron la causa, nos dejaron solos, se volvieron pasivos". En algún momento lanzaron incluso expresiones como: "los pastores se dejaron comprar". Pero es que eso ya no era nuestro.

Con el cierre de vías de comienzos de junio de 2001, los primeros sorprendidos fuimos nosotros. Cuando salí a pedalear como lo hago todos los días, vi la vía cerrada. Pregunté: ¿qué pasó?, y en eso me llama el pastor Alberto Gordon, en la misma situación. Varios -Hermann, Alberto y yo- nos preguntábamos entonces: ¿por qué no volvemos a los cuatro muros del templo, a los primeros sueños del movimiento, la iglesia moviéndose desde sus armas, desde su fe? Nosotros comprendíamos la cultura a partir de los principios cristianos. Nunca pensábamos que lo social o la parte política era la solución. Teníamos un concepto de lucha diferente, a punta de oración, de predicación, de alabanza. Eso no es ingenuidad sino que está fundado en la fe. Con la fe podíamos derrocar toda situación injusta, inmoral, podíamos dar soluciones. Yo dije: "ya no me identifico con el movimiento. Cuando el hijo crece y coge el mal camino, hay que desheredarlo".

Empezaron a llamarnos. Yo les dije: "no podemos salir a poner la cara porque ustedes obraron contra nosotros y miren lo que están haciendo: tienen cerrada la vía. Esos comportamientos no son morales, no van con nuestra cultura, esa no es la forma, no nos utilicen como escudo". Ellos presentaron lo nuestro como una niñada. Decían: "¿cómo van a pensar que con alabanzas y frases bíblicas podía cambiarse eso!". Y quisieron justificarse diciendo: "el movimiento tomó otro cauce porque maduró".

Yo tengo la esperanza que desde la fe se puede lograr un cambio. Cuando ya no había alabanzas, cuando no había oración sino insultos, cuando no había el impulso de Dios, preguntamos: ¿qué

pasó? Eso era anuncio que el movimiento estaba en proceso de muerte. Esa situación fue el último golpe al movimiento raizal. Si el movimiento todavía está por ahí, no es el que se concibió al principio. Ya nos desintegramos. En eso quedó el movimiento raizal: en el aire. No hubo resultados.

A mí me tocó ir en la comisión que fue a hablar ante el Congreso de la República, junto con el pastor Alberto Gordon, Diego Livingston, Bill Francis y Carmelo Pérez. Pero para mí eso fue un teatro, una pantomima, una burla a la isla, una burla a nosotros. En el Congreso le dieron al asunto un manejo muy sagaz para apaciguar los ánimos. Nos dijeron: "Tienen cinco minutos para hablar. Ustedes no son los protagonistas, tenemos otras cosas y los metemos a ustedes como un punto dentro de un programa". Todo lo que habíamos planeado se nos derrumbó. Oímos a los primeros expositores que hablaron larguísimo sobre otras cosas y luego salieron. Cuando nos tocó hablar ya estaba vacía la sala. Hablamos por respeto, porque somos educados. Se dio una situación engorrosa porque uno de nuestros representantes a la Cámara, en su intervención, hizo entender que ese grupito no representaba a la isla, no era la voz del pueblo nativo de la isla, sino uno de los tantos grupos que hay. Antonio Navarro reprendió a ese representante, habló a nuestro favor, dijo que simpatizaba con la causa, hizo entender que si han hecho el esfuerzo para ir hasta allá y entre ellos están los pastores tienen que ser la voz del pueblo.

Autonomía, autogobierno, autodeterminación

El movimiento manejó conceptos de autos: autonomía, autogobierno, autodeterminación.

Autonomía quiere decir: sentir que somos mayores de edad para decidir a dónde queremos ir. No es independencia, ni separación. Es lo mismo que en una familia, cuando el papá entrega la llave de la casa a su hijo. Queremos seguir en la casa de Colombia pero esperamos que el gobierno reconozca que podemos gestionar nuestro quehacer, nuestro destino, nuestra educación, proyectar nuestro futuro, dejarnos ser como somos. El hecho de estar bajo la soberanía de Colombia como estado único, no implica que no

nos dejen autogestionarnos. Si, en 1928, tuvimos que pedir un papá para que hablara por nosotros ante el mundo, hoy ya no necesitamos que nos represente y nos defienda. Queremos que nos deje hablar, que nos deje a nosotros el contacto con otras naciones. No necesitamos que vaya alguien de Bogotá a hablar por nosotros. Ahora que Nicaragua demandó a Colombia por el archipiélago, nosotros podemos ir a la Corte y hablar, porque conocemos nuestra historia.

También podemos autogobernarnos. Ya crecimos, y si uno conoce lo que quiere, puede legislar sobre uno mismo. En San Andrés teníamos nuestras sanciones, nuestra forma de autorregularnos, nuestra manera de corregir a los ladrones, a los adúlteros, a los mentirosos. Esas cosas se han ido perdiendo. Yo fui compañero del senador indígena Jesús Piñacué en el seminario. Me pareció interesante eso de que su comunidad lo reprendiera. Eso es una expresión de autogobierno.

Autodeterminación es que nos dejen decidir lo que queremos para la isla. Y que lo informemos a papá Colombia, no para que apruebes o desapruebes, sino para que sepas. Por ejemplo, yo no entiendo por qué prohíben construir cerca de la playa, por qué esa franja de terreno tiene que ser para el gobierno o para la nación y no para el nativo.

La descentralización que se ha iniciado es muy buena pero es un proceso largo, que apenas está comenzando. Despues de haber vivido sometidos a un gobierno del centro, de venir de un gobierno paternalista, de haber sido consentidos toda la vida, la descentralización no puede ser: ¡déjelos actuar! Ustedes nos han mentalizado de otra forma, porque veníamos de un gobierno que planeaba, proyectaba y nos hacía todo. Fue un proceso de centralismo que duró muchos años. Nos montaron en un tren, nos llevaron a mil y ahora quieren bajarnos de un momento al otro. No nos han dejado vivir nuestra propia evolución. Si se hubiera seguido un proceso de desarrollo armónico, tal vez hoy a nivel de un autogobierno tendríamos normas más claras, emanadas del mismo proceso. No podemos pensar que de un momento a otro decimos: ¡déjennos autodeterminar nuestro futuro! En eso yo critico al movimiento raizal. La descentralización y la autonomía no se logran de la noche a la mañana.

Basta ver lo que pasa con la elección popular de los gobernantes. La comunidad murmura de la vida moral de alguien pero luego van y lo eligen. No sabemos cómo una isla puritana pudo elegir a un gobernador del que de antemano se sabía que fumaba marihuana. Si la comunidad vuelve a sus raíces no puede elegir a un candidato que tiene que ver con la droga o que tiene dos mujeres. Necesitamos gobernadores que puedan liderar la isla. Así sea un administrador común que no fue a la universidad pero que tiene el perfil moral, si es un hombre de Dios, podemos elegirlo.

La crisis que estamos viviendo es producto de los primeros pasos de la descentralización. Ahora que tenemos un poco de autonomía estamos haciendo nuestro proceso de retorno a las raíces, a descubrir quiénes somos. Por ahora seguimos haciendo las cosas como nos las enseñaron a hacer. No conocemos las nuevas herramientas de la Constitución, de la elección de gobernantes, sobre el Plan de Ordenamiento Territorial y los Proyectos Educativos Institucionales propios. Hasta ahora pareciera como si autodeterminarse en un país descentralizado fuera seguir haciendo lo mismo de antes. Queremos todos esos autos pero seguimos pidiendo que nos los entreguen ya planeados y reglamentados. Los gobernadores nativos fueron formados de una determinada manera y así se siguen comportando.

Pero poco a poco tiene que ir surgiendo el verdadero raizal. En el país tenemos que vivir un tiempo de crisis para que cada grupo étnico vuelva a arrancar. Si nos dejan vivir la crisis volveremos a lo que siempre hemos sido. No iremos hacia atrás, sino a nuestra esencia. Por mi parte, yo estoy en un proceso conmigo mismo y con toda una comunidad. Estoy empezando a generar una iglesia Católica diferente, que por ahora tiene un barniz que llama la atención, pero que no ha tocado lo fundamental: el concepto de vida del nativo raizal.

Lo que si se puede hacer en este momento es permitir que el pueblo raizal redescubra su identidad cultural. Con ella y con lo que nos dieron, podemos sacar adelante un nuevo pueblo. Todo lo que hemos ganado podemos utilizarlo. En el pasado nos desarrollamos demasiado rápido. Eso fue progreso por adelantado. Ahora, permitannos

aquietar el tren de la vida porque se nos está yendo. Para bien de todos, que siga el tren y nosotros nos quedamos acá. No es que queramos retroceder al pasado. Se trata de que nos podamos parar donde estamos, detenernos y mirar, reevaluar, cortar y luego seguir. No sabemos quiénes somos. Si se sigue en este ritmo tan acelerado vamos rumbo a la extinción, tal vez no de la lengua pero si de la identidad de un pueblo, así sigamos bailando *chotis* o hablemos *broked english*. Tenemos que frenar el tiempo. Si no se hace vamos a vivir una crisis terrible y sólo sobrevivirá el más fuerte.

¿Qué puede implicar esa pausa para la economía? Toda la economía de la isla debe ser objeto de una reflexión seria, científica, para mirar en qué dejamos la economía con la que venía la comunidad raizal. La economía de la comunidad está en el mismo lugar en el que la dejaron mis abuelos: los raizales guardan la plata debajo de la almohada, siguen con la misma tienda. Su economía nunca avanzó. Todavía crían el cerdo para mandar a su hijo a estudiar. Así me pasó a mí. Cuando yo estaba en décimo grado me dieron un cerdo para que lo levantara para ir a la universidad, y con eso compré el tiquete y me fui al seminario.

Tenemos que hacer una evaluación de por qué los raizales no pudimos meternos en el comercio y en la hotelería, y para quién fue ese progreso. Si el comercio se desarrolla armoniosamente con lo que ha sido la comunidad isleña, pues seguirá existiendo. Pero si ha trastocado la vida de un pueblo, si la hotelería y las grandes moles de cemento están frenado la vida de un pueblo, hay que cortar. Dentro de este acelere ha habido cosas armoniosas, que, aunque no fueron planeadas, funcionaron y no afectaron negativamente a la comunidad. Tenemos que ver cómo podemos empatar con nuevas oportunidades, con otras alternativas, cómo la economía piensa en la población raizal que aún no ha salido de las cavernas.

Es cierto que la globalización de la economía empuja. Pero, para mí, la globalización vista como uniformidad es un pecado del universo porque Dios creó la diversidad, la diferencia y la coloreó con distintos tipos de gente. Si el Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (SIDA) hubiera

existido sin globalización, hubiera afectado solamente al pueblito en que surgió. La globalización debería comenzar a existir por ahí en el año 3000.

Canalizar el resentimiento

El resentimiento que ustedes alcanzan a detectar en muchos raízales es simplemente la impotencia de sentirse maniatado, de no poder responder, de no poder hacer nada. No es gratuito. Es la única arma que le queda a un pueblo que no ha sido escuchado. Va de la mano con el odio.

Permitanme remontarme a ese pueblo maltratado por el blanco esclavista, que empezó a engendrar en su corazón resentimiento. El esclavo cogía un muñeco blanco y le ensartaba cualquier objeto para desquitarse de su amo, y todos los días le pedía al dios del odio que el amo se enfermara, que se arruinara, que sus deseos de venganza se hicieran realidad. A eso lo llaman *vudú*. Apenas ahora nos estamos dando cuenta de lo que pasó, y eso duele. Anteriormente, a uno no le importaba quién era el director de una oficina o de una institución. Nos gobernaba gente del interior y ocupaban los puestos públicos sin problema. Pero cuando uno se hace consciente del pasado y de sus derechos se genera una situación de resentimiento, que impulsa a la gente a decir: ¡eso no puede seguir así!

El resentimiento es una fuerza poderosa. Sin dirección es un peligro, pero, bien orientado, también puede servir de impulso a un pueblo. Es como un río que puede arrasar con un pueblo pero si le colocamos canales puede generar energía. Al re-resentimiento lo hemos calificado negativamente, pero en el fondo es un sentimiento como cualquier otro. La cuestión es canalizarlo.

Eso es lo que se pudo lograr en la primera marcha de protesta: la gente empezó a oír lo que pasaba, eso la empujó y creó una fuerza. Mal cuidada esa fuerza puede desembocar en violencia, pandillaje, robo. Pero era sorprendente cuando se congregaba a esos muchachos *rastas*, o incluso a bandidos llenos de todo tipo de maldad en su corazón. Cuando estaban con un pastor adelante sentían un impulso, sentían que alguien les estaba canalizando el resentimiento.

Liderazgo y tentación de la política

Uno puede ayudar a canalizar el resentimiento de un pueblo de distintas formas. Yo se, por ejemplo, que el pastor Alberto Gordon está pensando lanzarse como candidato a la Cámara de Representantes. Frente a eso tengo dos visiones. Una, miro a Alberto como un ciudadano que cree que, haciendo política, puede lograr soluciones a ciertas situaciones de la isla. Y pienso que es una buena decisión la de aprovechar la democracia como ciudadano. Sin embargo, con el otro lente lo veo como pastor que realiza una obra maravillosa incidiendo en la vida social, económica, política; que tiene una potencialidad para seguir tocando estos ámbitos y que, para hacer lo que sueña, no tiene que meterse en la política directa. Somos ciudadanos del cielo y peregrinos en la tierra. Si pudiera dividirme le diría: te aplaudo cuando te asumes como ciudadano pero te reprendo cuando tomas esas decisión como pastor. Estoy convencido de que, en el campo político, no va a tener incidencia como pastor. Va a perder su investidura de pastor. No creo que vaya a ir al Congreso a proponer una campaña de ayuno para resolver una situación de la isla o que allí vaya a orar.

Yo soy un hombre de mucha fe. Si doblamos la rodilla y le pedimos a Dios que cambie a Tirofijo, la oración puede lograrlo. Desde mi visión puedo influenciar los cambios. A veces me dicen: "esas ideas hay que mandarlas a recoger". Pero yo estoy totalmente convencido de eso. Haciendo lo mío y sin decir una sola palabra sobre lo que hay que hacer en el campo político, aparezco como frenando o impulsando decisiones. Dios le da a uno ese liderazgo. Creo en el método de Ghandi y de Martin Luther King. Nunca me ha asaltado la idea de hacer política de partido, con una participación directa. Desde aquí, celebrando misa, siento que tengo una incidencia directa. El padre Martin Taylor, en Providencia, posiblemente no tenía ni idea de política o de economía, pero tenía poder, y con su presencia y su evangelio manejaba todo en la isla.